

EL MOTÍN DE TEROR: 1808 (nº 219)

Don Juan Gabriel González, cura de Teror, regresaba gozoso de la ciudad con la imagen de la Virgen del Pino el 27 de septiembre de 1808, sin imaginarse lo que le esperaba en la villa nada más entrar: el pueblo amotinado y su destierro.

La iglesia que amenazaba ruina

La cosa venía de muy atrás. El nuevo templo construido con tanto esfuerzo e inaugurado solemnemente en el verano de 1767, amenazaba ruina 25 años después. Así lo percibió el obispo Antonio Tavira en su visita de 1793. La causa no era otra que las filtraciones subterráneas de agua, que minaban los cimientos. Tavira acudió al tesorero de la catedral y arquitecto don Diego Eduardo «cuya inteligencia y pericia tan justamente acreditada sugerirá el medio que estime oportuno». Pero don Diego enfermó, falleciendo en 1798. El grave problema lo heredó el obispo don Manuel Verdugo, quien pidió informes a varios prestigiosos maestros, como Luján Pérez, Juan Antonio Cabral, Agustín Martín y el ingeniero de Tenerife Gonzalo Lorenzo Cáceres. Los estudios técnicos fueron realizados entre 1801 y 1803. Todos coincidieron en que el mal era casi irremediable, pues era «de naturaleza». Y todos aconsejaron como solución definitiva edificar una nueva iglesia en otro lugar, sobre terreno sólido. Se hicieron catas y se propuso como el sitio más idóneo el de San Matías. Incluso se aconsejaba que las viviendas se construyesen en aquellos parajes de suelo firme para evitar tragedias.

Cierre del templo y traslado de la Virgen

En enero de 1803, el obispo Verdugo ordenó el cierre del templo ante su posible derrumbe y el traslado de la imagen de Nuestra Señora del Pino a la sala de la Cilla de la Casa de la Diputación, donde se celebraría el culto. El tiempo fue pasando y el pueblo empezó a preocuparse porque no se iniciaban las obras de reconstrucción del templo, sin conocer aún las conclusiones de los técnicos. Cuando se hicieron públicas en 1805, la preocupación derivó en malestar y oposición frontal. Una vez más, los sabios y gobernantes chocaban contra los sentimientos populares. El lugar del pino donde había aparecido la Virgen era sagrado, y la iglesia debía permanecer allí indefectiblemente. Los vecinos partidarios de la reforma recurrieron a la Audiencia, que desde el primer momento fue su mejor aliado.

El motín de 1808

En este año de convulsiones nacionales y regionales, de las que hablé en los artículos anteriores, Teror también enardeció en el último trimestre. Los ánimos se habían caldeado durante la larga ausencia de la imagen de la Virgen del Pino en la ciudad, concretamente, desde el 16 de julio hasta el 27 de septiembre. Por lo tanto, la fiesta de Nuestra Señora se había celebrado en la catedral, lo que disgustó enormemente a los vecinos de la villa. Todo comenzó el mismo día de la llegada, cuando el pueblo colocó a la fuerza la sagrada imagen en la iglesia cerrada por orden episcopal, y no en la sala o iglesia chica. Previamente, las mujeres del pueblo, conocedoras de las intenciones de los líderes locales de Teror y de Valleseco, habían estado enlosando la nave de la Epístola o de la Virgen del Rosario, para adecenatarla. El cura se opuso a aquella desobediencia pública y fue expulsado de su parroquia. Por la noche, al toque de campanas y caracolas, la imagen fue entronizada en su antigua iglesia. El 2 de octubre se produjo el segundo levantamiento, obligando al teniente cura don José Ortega a trasladar el Santísimo de la capilla provisional al templo. Los motines continuaron hasta el 15 de diciembre, fecha en que entró la fuerza armada y detuvo a los cabecillas, 16 hombres y 8 mujeres, que fueron llevados presos a Las Palmas. El párroco se restituyó a su iglesia y se consiguió un acuerdo pacificador, liberándose a los presos y acordándose el inicio inmediato de las obras de restauración de la iglesia, una vez que el obispo rectificó y desistió de levantar un edificio nuevo.

Reconciliación y reconstrucción de la iglesia

Después del acopio de los materiales, sobre todo de madera, las obras de restauración de la iglesia comenzaron el 18 de marzo de 1810. Se siguió el plan encargado por la Audiencia al maestro Alarife Agustín Martín y a los peritos Juan Pedro Domínguez e Isidro García. En mano de obra y materiales se invirtieron

177.490 reales de vellón, en los que no incluye la contribución desinteresada de los vecinos en los trabajos de carga y transporte, que se han valorado en unos

120.000 reales de vellón. En 1811 se hizo patente la reconciliación entre el obispo y el pueblo de Teror. El 22 de agosto la Virgen bajó nuevamente a la

catedral en rogativas por la fiebre amarilla y en acción de gracias «por las recientes ventajas contras las armas francesas». El día 22 del mismo mes, Verdugo hizo el traslado solemne del Santísimo al templo restaurado. Rumeu de Armas escribió en 1962 que «el santuario de Teror está en pie por la fe y la sublime tozudez de sus moradores. Y se yergue altivo sobre el pino sagrado. Ni más acá ni más allá...»

Diciembre 2008.